

tarse á cara descubierta en las plazas y calles públicas de pueblos numerosos, de la debastación de Haciendas riquísimas, y de todo género de delitos monstruosos característicos de la escandalosa conducta que algunas gavillas con el nombre de Americanos, y en grave perjuicio de la Nación habian observado hasta atrayéndose el odio general de los buenos ciudadanos, y ocasionando la emigración al partido enemigo de muchas familias honradas que constituidas en la fatal alternativa de ser miserable presa de alguno de los perseguidores formidables, se veían en la dura necesidad de elegir el menor de los males que les amenazaban. Un feliz incidente ha hecho desaparecer la confucion y la arbitrariedad. Vosotros no conoceis ya aquellos vicios detestables: habeis protestado sinceramente vuestro arrepentimiento, y clamais por la subordinación y el arreglo. Siendo este uno de los principales objetos de mi visita general, me lisongeo de que en breve tiempo introduciré el orden en unas Tropas dignas de todo mi aprecio por su valor y buena disposición á obedecer y á sacrificarse en beneficio de la patria. Hechemos en olvido todos los acontecimientos pasados. Yo en nombre de S. M. la Suprema Junta Nacional, y husando de las amplias facultades que me tiene conferidas, concedo Indulto pleno y general á todos los Militares de este Departamento que en bueltos en la confusión pasada haya insidido en algunos desaciertos qualesquiera que sean, con tal que en lo de adelante reformen su conducta. Desentendámonos tambien de rivalidades y emulaciones odiosas: fundemos nuestra competencia en ser cada uno buen soldado americano, sin aspirar por ahora á otros ascensos que á ocupar un lugar distinguido en la memoria de los hombres de bien, ni desear otra satisfacción que la gloria de haver contribuido á la libertad de la Nación. Unámonos todos con los mas estrechos vínculos de fraternidad y amor: no demos lugar con imprudentes desabencías á que nuestros enemigos su burlen de nosotros aprovechándose de ellas para adquirir asendiente sobre los corazones mas nobles y valerosos que se conocen en el Mundo. Confío en vuestra honradez y fidelidad inalterable que me dareis la gran complacencia de poder elevar vuestros méritos á la Soberana Junta recomendándolos encarecidamente para que persivais el premio á que os hagais acredores. Soldados: buena conducta amistad y union entre vosotros mismos, y odio eterno contra la iniquidad de vuestros enemigos que deven ser siempre vuestra divisa. Dado en el Cuartel general del Valle de Santiago y Julio 22 de 1812.—*José María Liceaga*.—Por mandado de S. E., *Remigio de Yarza*, Secretario.—Un sello.—Suprema Junta Nacional Americana.”

~~~~~  
 “*Habitantes de Salvatierra.*”

“No ignora la zizaña de seducción, que el fementido discolo Rubí ha sembrado en este suelo, para justificar el negro crimen que cometió en la plaza, y calles de esta Ciudad la noche del Martes, treinta del mes próximo pasado, negándose descaradamente la justa obediencia que por derecho me debe, y dando fuego con escándalo de todo el vecindario á un Comandante de mis mismas Tropas (al que sorprendió improvisamente valido de la ninguna fuerza que éste tenia á la mano para rechazarlo) mintiendo á voz en cuello, que el Capitan General del Norte, es un déspota, un traidor, y ¿qué se yo? que otras calumnias, que le dictaban la embriaguez de su furor, y el delirio de su ignorancia, y su debilidad. Tampoco se me oculta, que los corrillos suscitados desde aquella noche aciaga susurran algunos insensatos temerosamente adictos al voluble, y pérfido Rubí, contra la legítima autoridad y sanidad de mi gobierno. . . . (Lo diré? Si: ¿porque no?) justificado á la faz de todo mi departamento; por lo menos, á juicio de los hombres sensatos y virtuosos.

“Esos zizañeros producen con libertad, y sin consejo quanto les sugieren su pasión y su malicia, imbutan mil embustes perniciosos; encienden el fuego de la discordia congeturando mis ideas por sus sueños, y delirios, tachando mis disposiciones á su antojo, poniendo en problema mi acendrado patriotismo, para inspirar la inobediencia de mis juiciosas órdenes, y la desconfian-

za de mis intenciones y providencias, que siempre han sido paternas, y benéficas, hablando sin lisonja.

“Pero ¿acaso vuestro olfato ha percivido en mi conducta el fetor de algunas personalidades criminosas, de algun orgullo, y despotismo, ni menos de infidencia alguna? Decidlo claramente. Mas, ¿qué teneis que decir? . . . Mienta quanto quiere la malignidad; el Ministro Vocal de la S. J. y Capitan General del Norte, no piensa, ni se ocupa en otra cosa, que en salvar su patria, felicitar los pueblos de su respectiva dominación, en librar á sus hermanos, no solo de la opresión de los Europeos, si no tambien de los ultrages, que han sufrido de los seudo americanos, de esos pícaros y foragidos, que abusando de la Justicia de nuestra Santa causa, solo andan al hurto, y al exceso.

“Estos son, y han sido siempre los afanes y desvelos de vuestro Gefe: peregrino y errante de aquí para allá, sin ubicarse jamas en parte alguna á tomar el mas honesto recreo, ni menos á recibir incienso de adoración: siempre laborioso, sin perdonar diligencia por firmar vuestra tranquila libertad, sacrificándose á todas horas del día, y de la noche en obsequio, y servicio de sus compatriotas: batiendo con una mano al despota Europeo, que os aflige, y refrenando con la otra al Criollo desreglado, que os daña, y turba vuestro reposo.

“Vosotros mismos, entusiasmados de placer, á vista del arreglo, porque tanto suspiraba esta provincia congojosa (funesto Teatro de la maldad y del desorden): ¿no habeis llamado á Liceaga, el angel tutelar de todo este vagío, enviado por Dios para que limpiase la tierra de los vicios, y cultivase la cimiento de la virtud, y del buen orden? Pues, ¿de cuándo acá es déspota, de cuándo acá traidor el General del Norte? ¿No anda él hasta esta fecha organizando el gobierno por unas partes, y por otras sus Tropas disipando gavillas de reveldes; reconquistando pueblos, felicitando gente? . . . Dígalo la experiencia, la saludable experiencia.

“¿El Cielo me confunda si alguna vez me han envanecido y enfatuado lizongeras criminales esperanzas de entronizarme! Ese vil prurito de la propia exaltación, siempre ha sido sandez en mi concepto y por lo mismo, el objeto de mi odio, y mi desprecio. La religion, la patria, el bien común: no ha sido otro el norte de mis ideas, ni el eje de mis operaciones.

“Por tanto: ¡Vive el Dios de los cielos y de la tierra! que, si bien estoy pronto, á perdonar agravios personales que se refundan en mi solo; he de castigar inexorable los que traciendan á la masa de la Nación. Tales son esos murmullos, que solo sirven para atizar mas y mas el fuego de la desavenencia entre los Señores Vocales de la S. J. y sus Tropas. Lo que cumple á los particulares, y subalternos, es, no juzgar atrevidamente á los Superiores; sino rogar á Dios humillados porque se digne averirlos á unos mismos, y recíprocos sentimientos, y volverlos á su antigua buena armonía.

“Guardense pues los insensatos que cohonestan y justifican el atentado de Rubí, de andar moviendo susurros zizañeros, y seductivos; porque tendré de acallarlos con las penas mas severas.

“Liceaga no mandó presar al Brigadier Rubí, como este supuso capsiosamente para indemnizarse; ni menos viene ahora reclutando gente por fuerza, para hacer guerra temosa al Sr. Rayón, segun se presume, y critica en las parletas del Vulgo, siempre propenso á fábulas, y cuentos. Liceaga no vindica fueros personales, ni trata de hacer á la nacion esclava de sus caprichos. Liceaga solo intenta sostener el gobierno de congreso que la nacion en Masa eligió, y proclamó para evitar el despotismo del gobierno monárquico, ó de un solo Magistrado, que ha perdido á la antigua España, llevándose á la nueva entre sus ruinas.

“El sistema de Liceaga es reclamar y defender, con pecho invicto este derecho y todos los fueros imprescriptibles de la nacion que ésta ha confirmado á su zelo, patriotismo; y siempre opondrá al engaño, la verdad; la ingenua integridad al Maquiavelismo, y falsa política, y la buena armonía del gobierno republicano al fingimiento, y orgullo del Monárquico. ¿En qué consiste, pues, el despotismo que se le imputa á Liceaga? . . . ¿Y quién lo trata de traidor? Solo Rubí. Pero, ¿pero quien responde á semejante necio?

“El tiempo es buen maestro de verdades, sabe descubrir arcanos y desengañar á muchos; él

manifestará los corazones y sentimientos de cada uno; y hará ver á todos claramente cuales son, y han sido siempre los del Ministro, Vocal de la S. J. y Capitan General del Norte, creado y proclamado por la Nación; y por lo mismo fiel zeloso, y constante defensor de sus derechos: cuya felicidad es su gloria, cuyos triunfos, su placer: y cuyo servicio en fin, es el mas distinguido honor, de que blazona.—*José María Liceaga.*—Es copia *Gonzalez la Roat.*—Un sello, Capitanía General del Norte.”

*PROCLAMA de la Junta Suprema de la Nación, en el aniversario del 16 de Septiembre.*

*La Junta Suprema de la Nación á los americanos en el aniversario del día 16 de Septiembre:*

“Americanos: Cuando vuestra Junta Nacional, impedida hasta ahora de hablaros por el cúmulo vastísimo de cuidados á que ha tenido que aplicar su atención, os da cuenta de sus operaciones, de los sucesos prósperos que han producido, ó de los reveses que no siempre ha podido evitar, escoge para llenar esta obligación reclamada por la confianza con que habéis depositado en sus manos el destino de vuestra patria, la interesante circunstancia de un día que debe ser indeleble en la memoria de todo buen ciudadano. ¡Día 16 de Septiembre! . . . . . El espíritu engrandecido con los tiernos recuerdos de este día, extiende su vista á la antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, ve lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos á ser, hombres libres, ciudadanos, miembros del Estado con la acción de influir en su suerte, á establecer leyes, á velar sobre su observancia, y al formar este paralelo sublime exclama enajenado de gozo: ¡Oh día, día de gloria, día inmortal; permanece grabado con caracteres perdurables en los corazones reconocidos de los americanos! ¡Oh día de regeneración y de vida!

“Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas sucediendo á las victorias, triunfos llenando el vacío de las derrotas, la Nación elevada hasta la altura de la independencia, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado; ayudada de su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna, abandonada después de esa deidad inconstante, enemiga de la virtud y compañera del crimen; subiendo paso á paso, desde el ínfimo grado de abatimiento hasta la excelsa cumbre en que hoy se halla colocada majestuosa y serena. He aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el transcurso de dos ha formado la escena de la revolución, cuya historia va á trazar con sucintas líneas vuestro congreso nacional.

“Dase en Dolores un grito repentino de libertad; resuena hasta las extremidades del reino como el eco de una voz despedida en la concavidad de una selva; agitándose los ánimos, reúnen-se en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones; ven los pueblos el peligro de su situación, conocen la necesidad de remediarla; júntase un ejército que sin disciplina y pericia espugna á Guanajuato; supera la posición de Granaditas; toma la ciudad donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Empéñase allí una porfiada pelea, triunfa la inexperiencia de la sagacidad; el entusiasmo de una multitud inerme contra la arreglada unión de las filas mercenarias; corona la victoria el heroísmo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos buscan el refugio de los hospitales para curar sus heridas. El Campo de las Cruces queda por los valientes reconquistadores de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga á derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, suspenden sus tiros mortíferos á la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campamento de los contrarios para herir con este ardid alevoso, á más, usado entre bárbaros, á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobrepónense sin embargo las disposiciones de fraternidad á los excesos del furor en que debía precipitarnos tan salvaje felonía, y los medianeros de la conciliación enviados con temor y desconfianza, se presentan á los vencidos á proponer y ajustar un tratado que restituyese la tran-

quilidad y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fué despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente y respondidas con insultos y provocaciones irritantes. Cansados, en fin, de hablar sin esperanza ya de ser oídos, fué la intención pasar adelante, y sacar de aquel triunfo por medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecía á unos y á otros el de la razón y la dulzura, mas la incertidumbre del estado de la Capital, la inacción de sus habitantes obligados por la tiranía á encerrarse en lo interior de sus moradas, el justo temor de los desórdenes á que se hubiera entregado una muchedumbre embriagada en su triunfo é incapaz todavía de sujeción á una autoridad naciente, hace retroceder el ejército y se reserva para sazón más oportuna la decisiva entrada de la corte.

“Este movimiento retrógado es mirado por diferentes aspectos según la intención y capacidad de los censores; la determinación empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto, es llevado al cabo y conducido á Guadalajara el ejército de las Cruces. Allí, después de conocida en la infortunada refriega de Aculco la necesidad del orden, se empieza la organización, la disciplina, la subordinación y arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la división enemiga del centro que al mando de Calleja marchó á dispersarnos y concluir sin los preparativos; descargar el ímpetu de diez mil hombres armados contra el débil estorbo de seiscientos soldados bisoños que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aunque tuvieron en contra la fortuna. Trábase la lid, y el Puente de Calderón defendido con heroísmo, es vencido por los contrarios que se abren paso por él para entrarse á la ciudad.

“Verificóse en efecto la entrada y la dispersión de las tropas que fué su consecuencia infausta; precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su estrella, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes á refugiarse á las provincias remotas de lo interior, donde abandonados á la malhadada suerte que es el distintivo de las almas grandes, son aprehendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

“Parecía que la Providencia quería poner nuestra constancia á una prueba tan terrible y dudosa, y que el edificio del Estado conmovido y debilitado con tan violentos vaivenes, iba ya á desmoronarse y quedar sepultado en sus mismas ruinas, cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destrucción y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderón, parte sigue á los generales, parte se reúne bajo la conducta de un caudillo que fué en aquella época la única firmísima columna de la insurrección. Este triunfa de Zacatecas, recibe la batalla memorable del Maguey y la jornada de los Piñones, en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas, vió perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, prepara los gloriosos acaecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del día, diestramente dirigida por sus científicos contrarios. Torre perece con su división; la de Amparan es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la intrepidez del primero haya libertádose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en tanto que el esforzado Villagran, posesionado del Norte, acomete sin interrupción las reuniones de esclavos que infestan su demarcación, intercepta convoyes, obstruye la comunicación al enemigo y lo hostiliza incesantemente con la lentitud más funesta. Por el Sur, el bizarro, valeroso é invicto Morelos, todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la razón, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias cuantas batallas da ó recibe.

“Mientras nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto más útil, más grandioso y necesario á la nación en sus circunstancias. Erígese una junta que dirige las operaciones; organiza todos los ramos de un buen gobierno y da unidad y armonía al sistema de la administración, ine-

vitabile para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos á sancionar con su obediencia la instalación del congreso. Prepárase entonces el ataque de aquella villa insigne, primer santuario de la libertad, y sus heroicos vecinos se deciden á resistirlo y escarmentar la osadía de los agresores. Acércanse á probar fortuna; acometen furiosos, animados del espíritu maligno de Calleja; dáse la señal del combate, y sus tropas, superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros, inertes é indisciplinados, experimentan el valor de hombres libres, y tienen que llorar el efímero triunfo de su desesperada intrepidez y audacia. Profanan aquel majestuoso recinto consagrado á la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican á la implacable venganza del opresor; se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuceados, y los más proscritos ó desterrados.

“Esperábase ver concluída esta escena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur las del bárbaro ejército del centro. Marcha á la lucha engreído del reciente triunfo, y principíase el acedio memorable de las Amilpas. Setenta y cinco días dura éste, cuyo éxito feliz llena de gloria á Morelos y de confusión á su enemigo. Disminuída y debilitada su gente, proyecta levantar el sitio, cuando el estado de hambre y peste á que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo con la esperanza de rendir á sus opresores. Frústrase este designio; el General, estrechamente cercado, rompe una doble línea, y sale magestuoso por en medio de los sitiadores, sobrecogidos de terror á la presencia de una acción casi sin ejemplo en los fastos de la milicia.

“Vuelve burlado á México el risible ejército de Calleja; abdica el mando ó se le despoja de él; cambia el aspecto de las cosas; ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Empréndese el sitio de Toluca, cuya plaza, cercana á rendirse, es abandonada, por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas, si se atiende á que los medios de la agresión fueron increíblemente desiguales á los de la defensa y resistencia. Lerma batida de superiores fuerzas vence, honrosamente sale de allí triunfante nuestro pequeño ejército, que reunido en Toluca, parte á Tenango, donde se prepara á nuevos combates.

“Dudábase entonces si convendría empeñar el que se disponía á darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nación, la pusiese á cubierto de los contratiempos que se seguirían de la derrota probabilísima que debía sufrir acometida por una potencia cien veces más ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecían la plaza. El deseo de vencer hace abrazar el último partido, resuélvese corresponder al entusiasmo de la tropa, que impaciente y valerosa aguardaba al enemigo; avístanse los combatientes, el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro días de gloria, en que fué siempre repelido Castillo Bustamante, no impide el avance de su infantería por el punto menos fuerte del cerro, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido, pues, el obstáculo que oponía aquella eminencia á la rendición del pueblo, se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros, y se ordena la retirada á Sultepec. Mientras se efectúa ésta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso á discreción del vencedor, fueron inhumanamente inmolados á la crueldad del desechado Bustamante. Cometieron excesos de todos géneros, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas. El inocente infante, el venerable anciano, la mujer respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es más, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religión que profesamos, los ministros del santuario, los ungidos del Señor, elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte más bárbara que han visto los tiempos, y clavados á las bayonetas sirven de trofeo á la victoria.

“La Junta ya refugiada en Sultepec, prevé las consecuencias de este infortunio; cree como induble que al saciar la saña de los caribes con la desolación de Tenango, vendrían á invadir á Sultepec indefenso y desprevenido, este fundado recelo hace emprender la retirada, no á un punto determinado, sino á los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se están palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestras tropas. En solo tres meses repuestos ventajosamente hemos arran-

cado al enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Pátzcuaro, Salamanca y pueblo de Jerécuaro, más de cuatrocientos fusiles, y disminuído los recursos de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del convoy que conducían á Guadalajara.

“Tantas prosperidades, después que tantos desastres y vicisitudes tan contrarias nos han enseñado á ser pacientes en la adversidad y moderados en la buena fortuna, no las miramos con los ojos de la ambición, que refiriéndolo todo al acrecentamiento de la grandeza á que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos tendidos en el campo de batalla. No, americanos, los pensamientos de paz nunca están más profundamente grabados en nuestros corazones, como cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados. Entonces brindamos con la unión á nuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama á la amistad, y con ella á su conservación. Si la guerra prolonga nuestros males y multiplica los estragos de la desolación, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria, es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas, dignas de tal causa, adulan su capricho, hacen que se crea invencible señor de nuestros destinos, y como padre del Olimpo, capaz de reducirnos á polvo con una sola mirada de indignación y de cólera. De aquí la pertinacia en continuar la guerra, de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros é inciviles, cuando débiles é impotentes provocan nuestra venganza é irritan nuestro sufrimiento. Este, contenido siempre en los límites de la moderación que distingue nuestro carácter de la arrogancia, ó más bien, de la altivez española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles á nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota, de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros, que subrogarían á los otros, nos ofenderían, tanto más, cuanto que siendo peculiares á la conducta observada de nuestros enemigos, se confundiría nuestra civilización con su barbárie, nuestra compasión con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

“Vióse resaltar vivamente este contraste el día que con aparato ignominioso fueron entregados á las llamas por mano de verdugo los planes de paz á que la nación convidaba á sus vacilantes opresores. Agravio tan injurioso, jamás recibido por ningún pueblo, es el mayor que tiene que vengar la América, entre los innumerables con que ha sido vilipendiada su dignidad y ajado su decoro. Un gobierno repugnado de la nación, ilegítimo por esta circunstancia, contrapeso á todos los principios que deben regirnos en la situación en que se halla la metrópoli; un gobierno sin fe, sin ley, sin sujeción á ningún poder que modele sus operaciones, independiente la autoridad de las mismas cortes, en quienes sólo conoce la soberanía para ultrajarla con la contravención á todos sus decretos: ¿éste se atreve á llamar rebelde á una congregación que le habla á nombre de todo un reino el lenguaje de la paz y la urbanidad, y arroja á las llamas los escritos en que está consignado el depósito sagrado de la voluntad general? ¡Qué audacia, qué atentado! No lo olvidéis jamás, americanos, para alentar vuestro valor en las ocasiones de peligro. Si cobardes ó perezos cedemos á la fuerza que quiere subyugarnos, en breve no habrá patria para nosotros, seremos despojados de la investidura de la libertad y reducidos á la triste condición de los esclavos.

“¿Qué esperanza puede aun tenernos ligados á un gobierno cuya conducta toda es dirigida del deseo de nuestra ruina? Redoblad vuestros esfuerzos, invictos atletas que combatís la tiranía, salvad vuestro suelo de las calamidades que le amenazan, sed la columna sobre que descance el santuario de su independencia; animaos á la vista de los progresos hechos en solos los dos años, sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la Nación, llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.

“Palacio Nacional de América. Septiembre 16 de 1812.—Lic. Ignacio Rayón, presidente.—  
José Ignacio Oyarzábal, secretario.”